

biendo además aprontar como contribucion de guerra 20,000 talentos (420 millones de reales), que Sila pensaba destinar á la lucha contra los demócratas italianos. De suerte que esta provincia habia de ser, por decirlo así, el arsenal para la guerra civil romana. Aunque Sila dejó en Asia para hacer efectiva tan enorme suma al honrado oficial Lucio Lúculo, y aunque como enemigo de los caballeros y del sistema de los Gracos no quiso arrendar las contribuciones á empresas intermedias, trasformando las atrasadas, las corrientes y las futuras en un fuerte impuesto repartible entre los cuarenta y cuatro distritos, esto en poco ó en nada alivió á los asiáticos. Estos gravámenes arruinaron á las municipalidades y obligaron aun á los habitantes acomodados á contraer deudas, arrojándoles en manos de los banqueros y usureros romanos, que en masa habian acudido al Asia y á Grecia, y mataron la agricultura de las ciudades, pues muchos de los habitantes de éstas abandonaron sus hogares y sus bienes y fueron á engrosar las filas de los corsarios. Cuando Sila, durante la primavera del año 83, condujo por mar sus tropas de Efeso al Pireo, quedóse Murena con las dos legiones de Fimbria como gobernador del Asia, mientras Scribonio Curion quedaba encargado de la Capadocia y de la Bitinia. Entonces llegó para Sila la ocasion de conducir á sus soldados á la lucha de vida ó muerte que iba á comenzar contra los demócratas itálicos.

XII.—SILA MARCHA CONTRA LOS DEMÓCRATAS ITÁLICOS (83). GUERRA ITÁLICA ENTRE SILA Y LOS DEMÓCRATAS

Desde la muerte de Mario habia reinado, durante muchos años, completa tranquilidad en Italia, gobernando como jefe de la nacion Cinna, que tenia muy poca importancia personal. Sin interrupcion ni obstáculo ejerció éste su consulado, siendo nombrado el otro cónsul á medida de sus deseos. Las disposiciones dictadas por Sila fueron derogadas, estableciéndose la colonia de Cápua, proyectada desde el tiempo de los Gracos para mejorar la suerte de los proletarios, y rebajándose en pro de los deudores todas las deudas al veinticinco por ciento. Por lo demás, gobernó Cinna tranquilamente sin tomar formales medidas para resistir en su caso al ejército de Sila, y apoderándose tan solo de las provincias occidentales del Adriático. El gobernador demócrata Cayo Flavio Hadriano habia traído del Africa un ejército optimite, que se procuró contener poniéndolo á las órdenes de Metelo Pio y de Marco, hijo de Publio Craso, asesinado por orden de Mario. Cuando Sila hubo terminado la guerra contra Mitridates, á principios del año 84, dirigió al Senado un escrito en que anunciaba la conclusion de la lucha y prometia reconocer los derechos de los nuevos ciudadanos, manifestando, sin embargo, su intento de castigar á los causantes de las persecuciones de que habian sido objeto sus amigos. Entonces volvió á agitarse la política romana, aprestándose los cónsules Cinna y Carbon á atacar en Grecia á Sila. El Senado procuró intervenir en la cuestion, acordó entrar en negociaciones con Sila, suplicó á los cónsules que suspendieran sus preparativos hasta haber obtenido una contestacion de éste, y rogó al vencedor de Mitridates que fuera á Italia, ofreciéndole toda clase de seguridades. Cuando Sila contestó que exigia la rehabilitacion de los proscritos, la indemnizacion de los daños que se les habian ocasionado, y el castigo de los crímenes cometidos, y que llevaria consigo un ejército para mayor seguridad, vióse que era necesario apelar á las armas. El Senado despidió á los emisarios del general é intimó á éste que depusiera las armas. Cinna fué asesinado por sus soldados, entre los cuales no gozaba de grandes simpatías, y que, no queriendo atravesar el Adriático en la estacion de las

tempestades, se le sublevaron en Ancona. Su colega Carbon hacia en tanto sus preparativos con energía suma en Ariminum y se atraía á los itálicos á su causa, pues éstos, al contrario de los romanistas, mas que su libertad estimaban los derechos de ciudadanía romana. Ya en el año 86 todos los itálicos y libertos habian sido distribuidos entre las 35 tribus, conforme á lo dispuesto en la rogacion de Sulpicio, y en el año 84 el Senado publicó una ley, en virtud de la cual se reconocia por completo este derecho de los nuevos ciudadanos.

En tales circunstancias, la gran masa de los habitantes itálicos y romanos de la península, sin ser enteramente partidarios del régimen democrático, se mostraban adversarios de Sila, y desconfiaban en alto grado de él, especialmente los itálicos, porque temian que quisiera atentar á su entonces ilimitado derecho de sufragio. Así es que no le fué difícil al partido gobernante poner en pié de guerra contra Sila, durante el año 84, un numeroso ejército que se componia, al decir de algunos, de 200,000 hombres. Pero la suerte no les fué favorable, pues mientras Sila, excelente militar, estaba siempre al frente de sus tropas, la eleccion de los cónsules demócratas recayó para el año 83 en dos hombres de pocas condiciones, que fueron el muy moderado demócrata Lucio Escipion, biznieto del Asiático, y el muy ferviente Cayo Norbano.

Sila habia tenido que detenerse algun tiempo en Grecia, á causa de un ataque de reuma, que le obligó á tomar los baños de las celebradas termas sulfurosas de Edepos, en Eubea. Cuando en la primavera del año 83 pudo embarcarse en Patre ó Dirraquio para Italia, solo tenia á sus órdenes 40,000 hombres, incluidas las tropas auxiliares griegas y macedónicas, pues habia dejado una parte de sus fuerzas en Grecia. Ya se deja comprender que con tan pequeño ejército no podia vencer una obstinada resistencia en Italia, por mas que sus tropas fuesen escogidas y completamente adictas á él. Por esto se mostró tan prudente como comedido, proclamó altamente su respeto á los derechos recientemente adquiridos por los itálicos é hizo jurar á sus soldados que tratarian á éstos como á amigos y conciudadanos.

Los demócratas romanos se dejaron sorprender por completo: su ejército se encontraba al Norte de la península, teniendo abandonados los territorios meridionales; así fué que Sila pudo desembarcar sin obstáculo alguno en Brindis, donde fué recibido con entusiasmo. Esta comunidad itálica recibió en recompensa la confirmacion de todos sus derechos: una proclama del general aseguró á todos los itálicos los derechos que los demócratas les habian concedido, y prometió gracia completa y general á los que abandonasen la causa del gobierno enemigo. Messapia y Apulia siguieron el ejemplo de Brindis. Sila, que contaba con tropas bien disciplinadas, recorrió pacíficamente todo el país para dirigirse luego al Samnio y á la Campania. De todas partes recibia auxilios: por un lado los restos de los antiguos optimates, entre los cuales se contaba el excelente Metelo Pio, que procedente del Africa y habiéndose refugiado en Liguria entró en seguida al servicio de Sila con atribuciones proconsulares. Asimismo se juntó al ejército de los optimates con el resto de sus fuerzas el intrépido oficial, Marco Licinio Craso, quien, nacido en 115, comenzaba entonces su afortunada carrera política. Unieronseles además una porcion de políticos y oficiales notables que hasta entonces se habian mantenido fieles al gobierno democrático, y que fueron objeto de cariñosa acogida por parte de Sila. Tambien fué de gran importancia el hecho de haberse pasado á sus filas el joven Cneo Pompeyo, hijo del general Strabon, nacido en 29 de setiembre del año 106. Este joven oficial, lo propio que su padre,

no era en manera alguna partidario de los optimates; pero la indignacion que los populares sintieron por la conducta de su padre durante la última crisis, le alcanzó tambien á él.



Cneo Pompeyo

A pesar de que habia servido á las órdenes de Cinna, vióse Cneo objeto de acusaciones, exigiéndosele que entregara el botin que le habia dejado su padre despues de la toma de Ausculum, y solo le salvaron de la ruina la elocuencia de su abogado, el influyente Q. Hortensio Hortulo, tan famoso por la elegancia de sus discursos jurídicos, y el favor del prudente Carbon. Pero el rencor no pudo extinguirse; así fué que cuando Sila desembarcó en Italia, dirigióse apresuradamente Pompeyo al Piceno, en donde poseia cuantiosos bienes



Hortensio

y tenia gran influencia por consideracion de su padre, levantó su bandera en Auximum y arrastró consigo á la causa de Sila á la mayor parte de la antigua poblacion romana de la comarca. El joven caudillo, hábil y valiente oficial, logró reunir pronto tres legiones, y despues de haber derrotado á las tropas romanas en su persecucion enviadas, llegó al campamento de Sila, en Apulia, que con gran talento le saludó como *imperator* y le trató con favor sumo.

Sin detenerse, dirigióse Sila á la Campania. Una última tentativa para entrar en negociaciones con Roma, se frustró por causa del cónsul Norbano, y entonces Sila atacó con terrible energía á este general que desde la montaña Tifata se habia adelantado hasta Cápua. Norbano fué completamente derrotado perdiendo en la lucha 6,000 hombres, y siendo su ejército acorralado en las ciudades de Cápua y Nápoles, que fueron incontinenti bloqueadas. En seguida se dirigió Sila contra el ejército del cónsul Escipion que se encontraba en Teanum: el débil cónsul se convino en firmar un armisticio y en entrar en negociaciones de paz; y habiendo fracasado estas, el contacto que entre ambos ejércitos se habia establecido ejerció tanta influencia, que todos los soldados de Escipion se pasaron á Sila, el cual se mostró tan magnánimo ó tan astuto, que dejó se marcharan libremente el cónsul y sus mas altos oficiales, entre los cuales se contaba el excelente pretor Sertorio.

Con esto la guerra quedó por entonces paralizada. Pero mientras Sila y Metelo, que invernarón en Campania, tenian bloqueada la ciudad de Cápua, y mientras aquel firmaba alianzas con gran número de municipalidades itálicas, á las cuales garantizaba, por medio de tratados especiales, los derechos nuevamente adquiridos, hacian los demócratas, por su parte, grandes preparativos; solo que en vez de poner al frente de su causa al hombre de mas condiciones que tenian, le enviaron como gobernador á la apartada region citerior hispánica, eligiendo además como cónsules para el año 82 á dos exaltados, Carbon y Cayo, hijo de Mario, que apenas contaba 20 ó 26 años, y que sin carecer de buenas dotes, era excesivamente cruel. La fundicion de las alhajas de los templos de Roma les proporcionó grandes recursos pecuniarios: los antiguos soldados de Mario, los nuevos ciudadanos de la Italia Central y de la Alta Italia, especialmente los etruscos y los habitantes de las comarcas del Po, formaron nuevos ejércitos, á los

cuales se unieron despues los audaces samnitas y lucanios que, enemigos de la dominacion romana, tomaron las armas contra Sila. Así la nueva lucha revestia los caracteres de una horrible guerra de destruccion. Carbon obtuvo de los comicios que declararan proscritos á todos los senadores que se encontraban en el campamento de Sila. El incendio que en 6 de julio del año 83 destruyó el templo del Capitolio, era un terrible símbolo de la destruccion á que á sí misma se entregaba la república, cuyas mas nobles fuerzas se consumian en lucha suicida.

Cuando en el año 82, despues de un largo y crudo invierno, comenzaron de nuevo las operaciones, dirigióse Metelo Pio al Piceno para desde allí penetrar en la Alta Italia: Carbon salió á su encuentro procedente de Ariminum. El mismo Sila penetró desde la Campania en el Lacio en donde le esperaba el joven Mario con 40,000 hombres; acampados en Sacriporto, entre Signia y la fortificada Preneste. El valor del joven cónsul se estrelló ante los veteranos de Sila, al cual se pasaron durante la batalla cinco batallones y dos escuadrones de aquél. Los restos del ejército democrático hubieron de refugiarse, despues de una completa derrota, en las fortalezas de Norba y Preneste. Sila despues de esta victoria pudo ya apoderarse sin obstáculo alguno de la capital, á la cual llegó tarde para prevenir horribles crueldades, pues el joven Mario habia tenido tiempo de dictar una orden, que cumplió en Roma el pretor Q. Bruto Damasipo, para asesinar á todos los senadores notables adictos al enemigo bando, orden á consecuencia de la cual perecieron Publio Antistio, suegro de Pompeyo, elocuente orador forense, y el noble pontífice máximo Q. Mucio Scévola.

Mientras Preneste, cuya defensa estaba confiada á varios caudillos democráticos, se encontraba bloqueada por Quinto Lucrecio Ofela, Sila, cuya conducta en Roma fué sumamente moderada, dirigióse, despues de algunos dias de descanso, hácia el Norte, para proteger á Metelo y á Pompeyo contra los ataques de Carbon. Estos generales de Sila habian luchado hasta entonces, junto al rio Esis (hoy Esino) que desemboca en el Adriático entre Sena Gálica y Ancona, con distinta fortuna, hasta que Carbon, al tener noticia de la batalla de Sacriporto, retrocedió á Ariminum. Entonces Norbano tomó el mando de las tropas del valle del Po, mientras Carbon con numerosas fuerzas se dirigia á Etruria. En tanto que Metelo desembarcaba en Rávena y llegaba á Ariminum, despues de haberse apoderado de Favencia y de haber rechazado una division que, dirigida por Marco Lúculo (hermano de Lucio), avanzaba por el interior; en tanto que Pompeyo y Craso penetraban, procedentes del Piceno, en la Umbria, derrotando en Spoleto á Carrina legado de Carbon, obligándole á emprender la fuga hácia Etruria, encaminándose á esta comarca las columnas de Sila que acababan de salir de Roma. La sangrienta y larga batalla que junto á Clusium libró Sila contra Carbon, no fué favorable al general optimite, siempre vencedor hasta entonces; pero cuando Carbon, para auxiliar á los de Preneste, envió desde Ariminum un ejército compuesto de ocho legiones á las órdenes de Marcio, fué éste alcanzado en Spoleto por Pompeyo, quedando en su mayor parte destruido, parte por efecto del combate y parte á causa del desorden é insubordinacion de los soldados, y refugiándose los que pudieron escapar de la muerte en Ariminum y Clusium.

Entre tanto se recrudecia la lucha en Preneste, cuya situacion en extremo critica se hacia mas difícil por el hambre que comenzaba á dejar sentir sus efectos. De este punto habia de salir la última gran batalla de esta guerra. Los samnitas y lucanios, para libertar á Mario, organizaron un ejército de 70,000 hombres que, á las órdenes de Poncio de Telesia y

de Marco Lamponio, llegaron, sin detenerse, á la comarca de la ciudad sitiada, aunque sin conseguir desalojar á Sila de las importantes posiciones que con sus numerosas fuerzas habia tomado al Sur de Preneste, para impedir que ésta recibiera auxilio alguno. De nada les sirvieron dos legiones de refuerzo que Carbon les mandó á las órdenes de Damasio. Los generales democráticos sucumbieron en el Norte de Italia: Norbano, que en un principio habia acorralado en Plasencia á Marco Lúculo, fué atacado en Favencia por el ejército de Metelo, sufriendo tan gran derrota, que solo pudieron escapar 1,000 hombres que huyeron á Etruria. Entonces comenzó la Alta Italia á abrazar la causa de Sila, cayendo Ariminum en poder de Metelo y huyendo Norbano á Rodas. Carbon se descorazonó de tal suerte, que abandonó su ejército en Clusium y se embarcó para el Africa, diseminándose parte de sus tropas, siendo otras destruidas por Pompeyo y refugiándose el resto, á las órdenes de Carrina, en la comarca de Preneste.

Cuando los caudillos de los samnitas, lucanios y demócratas, en esta comarca reunidos, conocieron que se acercaba el fin de la guerra, y que los ejércitos de los optimates se dirigían, procedentes del Norte, hácia el Lacio, decidieron hacer los mayores esfuerzos para libertar á los prenestinos ó, en caso de que su plan fracasase y les fuese imposible la retirada, llevar la destruccion á la misma Roma. Los generales sabelios, que comprendieron cuál sería el porvenir de su nacion al ver que Sila mandaba degollar á todos los prisioneros sabelios, quisieron á todo trance librar mortal batalla contra los odiados romanos. Todo el ejército, pues, se puso en marcha hácia la capital, á cuatro millas de la cual se encontraba, con el intento de destruir, segun decían «la selva en donde se refugiaban los lobos que habian arrebatado la libertad á la Italia.»

XIII.—BATALLA DE ROMA. VICTORIA DE SILA. SUMISION GENERAL DE LA DEMOCRACIA ROMANA

Roma se veía amenazada de un gran peligro. Sila, tan luego como tuvo conocimiento de la direccion que habian tomado los demócratas y sabelios, que seguian la Via Latina, se apresuró á correr sin descanso en su persecucion. Pero los enemigos se le habian adelantado; pernoctaron en la montaña Albana, y en la mañana del 1.º de noviembre del año 82, acamparon á media hora de distancia de la Porta Colina. Una salida que los romanos intentaron con su escasa guarnicion y algunos voluntarios, y el ataque de los primeros escuadrones de Sila que precedian al grueso del ejército optimata, fueron rechazados fácilmente. Pero aun no habian comenzado el ataque general, que seguramente les hubiera hecho dueños de la ciudad, cuando llegó Sila, al medio dia, con todas sus tropas. No obstante la gran marcha forzada que los soldados habian hecho, Sila no quiso dilatar el combate. Formó su ejército delante de la puerta Colina, junto al templo de la Venus Ericina, y luego que los soldados hubieron comido, ya entrada la tarde, dió la señal de la batalla, poniéndose al frente del ala izquierda y Craso al frente del ala derecha. La lucha que iba á trabarse era decisiva: los sabelios lucharon con tan salvaje energia en este último combate que se les presentaba, que el ala mandada por Sila fué acorralada hasta los muros de la ciudad, cuyas puertas hubieron de cerrarse á toda prisa para que las tropas no penetrasen fugitivas en ella. Al ponerse el sol, el general optimata consideró perdida la batalla: M. Craso, sin embargo, derrotaba con el ala derecha al enemigo y le arrojaba hácia Anemne. Todavía á la mañana siguiente, en que 3,000 hombres se pasaron al vencedor, prosiguió la lucha; el ejército

demócrata, que no tenia retirada alguna, fué completamente destrozado: y tres dias despues de esta batalla, que costó á cada combatiente 50,000 hombres entre muertos y heridos, fueron ejecutados en el campo de Marte 4,000 sabelios que habian sido hechos prisioneros.

Así terminó esta importante guerra en Italia; pero comenzaron entonces las escenas de terror. Sila se habia portado, hasta el dia de la victoria decisiva, con gran moderacion respecto de sus enemigos, á excepcion de los samnitas, y tratado con suma benevolencia á cuantos se habian pasado á su causa. Pero entonces comenzó el horroroso período, durante el cual aquel hombre duro y frio, que raras veces se dejaba vencer por la cólera y nunca por la compasion, inauguró su nueva obra política con innumerables crímenes, á cuya ejecucion le ayudaron sus crueles veteranos. Preneste no podia ya defenderse; así fué que al morir Mario, que voluntariamente buscó la muerte, se entregó á los sitiadores, siendo por éstos saqueada y asesinados la mayor parte de sus habitantes varones, junto con los samnitas y senadores romanos que en ella fueron hechos prisioneros. Igual suerte estaba reservada á las pocas ciudades que todavia sostenian la lucha; la rendicion de Nápoles trajo consigo horrible efusion de sangre.

Los latinos de Norba, ciudad en la cual las tropas de Sila penetraron por traicion, pegaron fuego á sus casas y se dieron unos á otros la muerte. Donde mas encarnizada siguió la lucha fué en el Samnio y en la Etruria, comarcas á cuyos habitantes perseguia Sila con bárbara energia, para matar con ellos las últimas diferencias etnográficas, y llevar á completo término la romanizacion de toda la península. Sila distribuyó su ejército por toda la Italia y ocupó con fuertes guarniciones los lugares que no le inspiraban confianza; y él mismo, segun parece, dirigió una destructora expedicion contra el Samnio, cuyo objeto era convertirlo por mucho tiempo en un desierto. Esernia cayó en su poder en el año 80: en este propio año capituló Nola: Cápua habia sido, al parecer, voluntariamente abandonada por los demócratas: el último héroe samnita, el cónsul itálico Mutilo, se suicidó durante su fuga, despues de haber enviado á su esposa á Teanum. En Etruria, Populonia y Volterre sostuvieron durante mucho tiempo su resistencia; y cuando esta última capituló en el año 79, los romanos asesinaron traidoramente su guarnicion, á la cual habian prometido vida y libertad.

Las comarcas sometidas á Roma cayeron pronto en poder de los optimates. El valiente Sertorio, que en la provincia hispánica habia logrado formar un ejército, compuesto de milicias célticas y de ciudadanos romanos, no pudo sostenerse mucho tiempo contra los legados de Sila, y á principios del año 81 abandonó con 3,000 hombres á Nueva Cartago, y huyó en busca de seguro asilo al Norte de Africa. Pompeyo, que con 120 buques y 6 legiones habia sido enviado á la isla de Sicilia, se apoderó de esta sin lucha alguna, pero ejecutó actos que mancillaron su fama. Valiente y honrado, cosa poco comun en aquellos tiempos, y dotado de una naturaleza fria y poco comunicativa, habia manchado su nombre, separándose de su esposa Antistia, para obedecer los mandatos de Sila, á pesar de que su suegro habia caído en poder de los marianos por haber consentido en aquella union, y casándose con una hijastra del general, la cual, á su vez, hubo para ello de abandonar, estando en cinta, á su propio marido. Con esto Pompeyo, cuya vida no era, sin embargo, desatregada, inició aquella serie de escenas odiosas de los tiempos de los primeros Césares, durante los cuales, como en el período de los Diadocos, cada movimiento y cada alianza política iban acompañados de nuevas uniones matrimoniales entre las grandes familias de Roma, pasando así las nobles damas romanas de unas manos á otras como simple

mercancia. Pompeyo, además, para satisfacer á Sila, ensangrentó sus manos en la isla de Sicilia, á pesar de que la crueldad no estaba ciertamente en su carácter, y empañó su gloria, introduciendo la costumbre, que despues imitó el emperador Tiberio, de asesinar á los jefes y generales enemigos, despues de haberlos hecho figurar en su entrada triunfal. Ciertamente que dejó escapar á algunos proscritos, pero en cambio cuando el cónsul Carbon, que desde la isla de Cossyra (hoy Pantelaria) situada entre el Africa y la Sicilia, queria dirigirse á esta, fué conducido prisionero á Lilibeo, Pompeyo, sin tener en cuenta que en otra ocasion aquel habia intercedido en favor suyo, trató de un modo indigno, y como á un criminal vulgar, al hombre á quien tanto odiaba el nuevo señor de Italia, y mandó darle, en el año 82 ú 81, ignominiosa muerte. Desde Sicilia, hubo luego de trasladarse Pompeyo al Africa, en donde algunos demócratas fugitivos, conducidos por Domicio Enoarbo, yerno de Cinna, habian sentado sus reales y se habian unido con varios caudillos nómadas y mauritanos, que se habian sublevado contra su rey, aliado de los optimates. Tambien allí acompañó la fortuna, consiguiendo en poco tiempo sojuzgar completamente á los demócratas y á los africanos. Cuando el Senado, reorganizado en sentido favorable á Sila, decretó el licenciamiento del ejército y su regreso á Italia, desapareciendo para Pompeyo, que solo era cañallero y ejercia funciones extraordinarias, la perspectiva de una entrada triunfal, á la que no tenia derecho alguno, promovióse en su campo una rebelion que á duras penas pudo apaciguar. Sila se dirigió finalmente al teatro de estos sucesos é hizo que el jóven mimado por la suerte, á quien con cierta sorna saludó dándole el nombre de *Magno*, pudiese hacer su entrada triunfal en 12 de marzo del año 79.

En tanto que las armas, despues de la batalla de la puerta Colina, solo tenian que luchar en contados puntos de Italia y de allende el mar Tirreno, dedicó Sila toda su actividad á reorganizar el Senado romano. Aunque era de hecho el señor del pueblo romano, no era hombre que tenia gran ambicion de mando. Romano de elevado espíritu, que, dotado de una naturaleza notablemente elástica, de conocimientos literarios, de extravagancias morales, y de una gran confianza en su suerte y en su extraordinario talento, procedia siempre con tenaz actividad, no habia nunca aspirado á mas que á lograr una posicion ilustre entre los hombres eminentes del Senado y del partido de los optimates, sin que en manera alguna pensara en la tiranía. Cuando el destino de Roma le impuso la tarea de reorganizar el conmovido Estado, obró como el representante mas notable de la oligarquía romana, viéndose en la imposibilidad de encontrar el camino de la salvacion por la senda de las antiguas formas. Creyó que el fundamento de todo el mal estaba en la variedad de los elementos populares y en la preponderancia de los factores democráticos dentro de la constitucion: así es que procedió tan solo á una obra de restauracion, como con razon se la ha llamado, á pesar de que su inteligencia era muy superior á la de los demás optimates. Esta obra aceptó por una parte las consecuencias de las conmociones acaecidas en Italia desde el año 91 y completó por otra la romanizacion de las provincias, encauzando de nuevo la vida del Estado romano por la senda abandonada desde la época de Cayo Graco, sin poder, no obstante, disponer de una escuela de políticos que, en cierto modo conocedores de su época, pudieran ocupar el sitio del gran optimata. Desgraciadamente los primeros pasos para llevar á cabo esta obra dieron ocasion á que se derramase nuevamente sangre itálica, y que con ello, á semejanza de lo ocurrido con las batallas de la guerra civil, se despertase con nueva fuerza el odio y la cruel

repugnancia que de antiguos tiempos existian hácia la restauracion oligárquica.

XIV.—PROSCRIPCIONES DE SILA. OBRA DE RESTAURACION DE SILA. CONSTITUCION Y LEGISLACION DE SILA

Sila, poco despues de la batalla de la puerta Colina, ó sea en noviembre del año 82, consintió en que el Senado y el pueblo, despues de haber aprobado todos los actos que como cónsul y procónsul llevó á cabo, le diesen la dictadura «para la promulgacion de leyes y organizacion de la vida comun.» Investido de poderes que anulaban la oposicion de los optimates descontentos, y que le daban derecho para disponer incondicionalmente de la vida y hacienda de los ciudadanos, y de los bienes señoriales del Estado, para fundar ó disolver municipalidades, y para nombrar pretores y procónsules, él era quien tenia que decidir á su antojo, caso de que quisiese abandonar el cargo, si debian ó no seguir los cónsules en sus funciones. Entonces dió comienzo á la nueva tarea sangrienta, tomando venganza de sus enemigos, castigando con otros horrores los cometidos por los partidarios de Mario, y procurando inutilizar para lo porvenir al partido democrático, y encontrar medios con que recompensar á sus soldados y á los adeptos á su partido. Aquí comienzan los meses sangrientos que mancharon eternamente la memoria de Sila. No se dió el espectáculo del desbordamiento volcánico de pasiones diabólicas, que hemos visto en los horrores de la época de Mario; algo mas cruel fué lo que se desencadenó sobre la Italia: el frio y premeditado trabajo de destruccion de un calculista, que sin apeteer las crueldades, derramaba sin compasion la sangre de sus semejantes para arrollar, indiferente á las existencias que se oponian á sus planes, todo aquello que era un obstáculo á la obra á cuya realizacion habia dedicado enteramente sus esfuerzos. El nuevo terrorismo comenzó con una proclama que declaraba enemigos de la patria á todos los que, despues del tratado firmado con Escipion (tratado que Sila consideraba existente y que no habia podido cumplirse por haber el enemigo faltado á su palabra) habian figurado como jefes al servicio del Estado ó habian dirigido la guerra en pro de la causa democrática, ó habian servido á esta de cualquier otro modo, concediendo un premio de 12,000 denarios (42,100 reales) á quien asesinasen á uno de ellos, y castigando con severas penas á los que protegiesen á los fugitivos. Los bienes de los asesinados debian pasar al erario público, así como las contribuciones recaudadas durante la lucha contra las tropas de Sila. La que con razon puede llamarse monstruosidad fué la disposicion, en virtud de la cual los hijos y nietos de los así condenados, no solo se vieron excluidos de la carrera política, sino que todos aquellos que descendian de senadores hubieron de soportar las cargas que sobre los senadores pesaban. En una palabra, se pronunció cruel sentencia contra todos los adversarios comprometidos del nuevo orden de cosas; solo que este período de horrores permitió prescindir de toda forma jurídica y apelar al puñal de los verdugos.

Dióse, pues, comienzo en Roma á los asesinatos oficiales: y como la peligrosa vaguedad de las leyes dictadas produjo general terror, consintió el dictador, á instancias de muchos senadores, en que se introdujese para tales horrores la práctica, despues tantas veces repetida, de fijar las llamadas listas de proscripcion. Hízose así hasta el 1.º de junio del año 81, extendiéndose aquellas listas por toda la Italia, á fin de que en ella fuesen perseguidos los demócratas, y de que los partidarios que en toda la península contaba el partido triunfante pudiesen satisfacer los deseos de contribuir á tan sangrienta obra. No puede fijarse el número de víctimas que